

LOS TANQUES VUELVEN A ATENAS

OTRA vez los tanques contra el pueblo. Ahora, nueve semanas después que en Chile, en Grecia. Varía la anécdota, el argumento de la tragedia. La tesis es la misma. El final todavía puede ser otro. El supuesto gobierno de civiles de Spyros Markezinis ha quedado desenmascarado. La cara de Papadopoulos se ha hecho visible. Y la situación para el poder es, por consiguiente, enormemente peligrosa. Le quedan dos recursos: instalar velozmente la democracia prometida —y se haría a costa suya— o mantener la dictadura con arrogancia. Pero en junio, Papadopoulos proclamó la República, y en agosto hizo ratificar su proclamación por un referéndum, prometiendo elecciones libres, un parlamento de muy relativa soberanía, ciertos partidos políticos; comenzó sus promesas con una amnistía con apariencia de general y con mayor libertad —digamos menor opresión— para la prensa, y aun con un gobierno compuesto de civiles. No lo hizo, indudablemente, por convicción, sino por necesidad. La dictadura funcionaba mal en el exterior y en el interior. En política hace falta muy poco para aparecer como listo y astuto, y Papadopoulos tomó esta fama por su anacrónico destronamiento —a los seis años de mantener al Rey en el destierro—, que suponía hacer cargas con todas las culpas al monarca —que bastante tenía con las suyas propias— y hacer ver que la República era un nuevo régimen. En realidad, las trabas que continuaba manteniendo para la normalización democrática eran suficientes.

LA situación no ha cesado de deteriorarse desde entonces. La economía nacional —la inflación— ha ido cada vez peor y, con ella, la situación social. El pueblo no ha notado ni en sus presupuestos domésticos ni en su capacidad política ninguna mejora. Pero sí ha advertido todo lo que hay de burla, de engaño, de indignidad en la situación, en la ficción de democracia que les convertía en actores a la fuerza de una comedia que no era la suya. Repetimos una vez más que es más noble —más ética— una tiranía, una dictadura, un fascismo o como se quiera llamar a ese tipo de situaciones que declara lo que es y se ejerce como tal que una ficción por la cual se obliga al pueblo a representar el papel del participante, de satisfecho, de elector o de sostenedor del poder. Por lo menos, desde el punto de vista de la dignidad humana.

EL 4 de noviembre se celebraron en Atenas funerales por el alma de Papandreu. Papandreu, liberal, de una izquierda muy moderada, había sido primer ministro de 1963 a 1965, en que el Rey le destituyó, lo cual abrió una disputa constitucional acerca de si el Rey podía despedir simplemente a un primer ministro que representaba una mayoría parlamentaria y, por lo tanto, electoral. Constantino dijo entonces que Papandreu estaba desplazando a grandes jefes del ejército para dar entrada a otros considerados como de izquierdas. Papandreu replicó que la extrema derecha estaba siendo tan poderosa en el ejército que llegaría un momento en que podría desplazar al Rey: su vocación política estaba por encima de la lealtad a la Corona. No hace falta decir que era un profeta: simplemente conocía la realidad, como los acontecimientos demostraron después —y ahora—. Siguió un período bastante agitado, como consecuencia de la inconstitucionalidad de la situación —puesto que la mayoría parlamentaria y electoral no podía gobernar—; se decidió la disolución del parlamento y la convocatoria de nuevas elecciones. Las elecciones las hubiese ganado la izquierda y Papandreu habría vuelto al poder: surgió el golpe de estado, que en un principio fue apoyado por el Rey hasta que éste advirtió que estaba siendo desbordado o creyó que había que jugar otra carta, y falló. Constantino partió al exilio y hace seis meses fue destronado. Papandreu continuó siendo la venerada figura representativa de la democracia y de la libertad: un héroe civil. Nadie creyó nunca en las acusaciones de comunista que le hicieron, ni siquiera los que se las hacían. Pero ya se sabe en qué consisten estas acusaciones y qué pretenden: justificar algo que, ni aun siendo cierto, sería justificable. El 4 de noviembre, los funerales de Papandreu reunían en Atenas a personas que se mantenían fieles a los ideales democráticos y a nuevas fuerzas de la oposición. Al salir de los funerales,

su grupo no se disolvió. Se convirtió en manifestación. La policía intentó disolverla; se produjeron enfrentamientos y disparos al aire. Hubo detenciones, y cinco de ellas se mantuvieron. Eran obreros y estudiantes.

A partir de ese momento no cesaron los disturbios, las manifestaciones y los actos de protesta en Atenas y en otras ciudades. El miércoles día 14, la Escuela Politécnica de Atenas fue ocupada por los estudiantes, y comenzó a funcionar una emisora de radio clandestina, probablemente instalada en la misma Escuela. Desde sus micrófonos se hacían llamamientos a la solidaridad de todos, a la huelga general: se proclamaba la lucha contra el fascismo y se reclamaba el poder para obreros, estudiantes y campesinos. Los estudiantes no estaban prácticamente encerrados en la Escuela: salían a la calle, repartían octavillas a las gentes —en el mismo sentido que las proclamas de su emisora— y organizaban mítines relámpago. Al día siguiente, otra Universidad, la de Patrás —en el Peloponeso—, imitaba a la de Atenas; seguiría luego la de Salónica. El gobierno tuvo una primera actitud razonable: prometió que los fueros universitarios serían respetados y que no se intentaría, por lo tanto, el asalto a los centros de los huelguistas. En Salónica esta actitud dio resultado: los 3.000 estudiantes salieron, y aunque la policía tomó su identidad, pudieron regresar a sus casas sin detenciones ni molestias. En Atenas prosiguió la ocupación del edificio. Y el viernes 14, sin previo aviso, tanques y soldados se lanzaron al asalto de la Politécnica. Los estudiantes se enfrentaron con los asaltantes; se defendieron tras trolebuses que habían colocado como barricadas protectoras y a los que habían roto los neumáticos para que no pudieran ser desplazados. Esta vez las fuerzas del gobierno no dispararon al aire como en los funerales de Papandreu: lo hicieron a los cuerpos y produjeron cuatro o cinco muertos —no se sabe con exactitud— y unos doscientos heridos (unos ochenta y cinco de las fuerzas del gobierno). Las barricadas quedaron destruidas y la Universidad desalojada. Se dio el golpe por terminado y los tanques volvieron velozmente a sus bases.

PERO a la mañana siguiente —el sábado— continuaron las manifestaciones. En algunas escuelas aparecieron banderas griegas con la bandera a media asta y cintas negras en señal de duelo por los estudiantes muertos. En torno a ellas comenzaron nuevas manifestaciones. Los testigos hablan de una táctica parecida a la de las revueltas de mayo de 1968 en París y de ciertas escenas similares a las de los jóvenes checoslovacos frente a los tanques del Pacto de Varsovia en el mismo año. La táctica consistía en grupos repentinamente formados, que se disolvían en precipitadas carreras a la llegada de la policía, para volver a reagruparse en lugares convenientes, sin duda, de antemano. Aparecían nuevas barricadas. Las fuerzas de policía disparaban apuntando, pero con cartuchos de foguero; la intención era crear una atmósfera de pánico sin elevar el número de víctimas. Describe un corresponsal (Michael Manning, del «Sunday Times») una escena en la plaza de la Constitución: «En la plaza de la Constitución, una multitud de

Los estudiantes y los obreros de Atenas han conseguido una gran victoria moral al obligar al desenmascaramiento de una situación que no correspondía a la realidad.





Semanas después del comienzo de la tragedia chilena, en otro país del mundo vuelven a utilizarse los tanques contra el pueblo.

unas cien personas vituperaba a la tripulación de un tanque, gritando: "¡Vergüenza, vergüenza!". Hacían el tradicional signo de la maldición, con la palma de la mano y los cinco dedos separados. Un joven saltó sobre el tanque y dijo al soldado de casco de acero que estaba en la torreta: "Dispara, si tienes tripas". El soldado le ignoró, pero el tanque se puso en movimiento y el muchacho se arrojó al suelo para obligarle a detenerse. El conductor maniobró para pasar sobre él sin dañarle. El manifestante se alzó ligeramente aturdido, y la multitud prorrumió en vitores.

Las cuatro de la tarde, Papadopoulos cometió probablemente el error más grave de toda esta situación: proclamó la ley marcial. La ley marcial había imperado en Grecia desde el golpe de 1967 hasta la proclamación de la República: prácticamente seis años. Al reanudarla, Papadopoulos muestra que su régimen no ha conseguido nada, y que lo que mantuvo por la fuerza debe seguir sujeto por la misma fuerza. Algunos observadores de la situación —entre ellos, muchos próximos a Papadopoulos mismo— creen que en esta ocasión se ha pasado de defensa: que la situación no era tan grave y que, sin embargo, se ha forzado a contradecirse a sí mismo. La proclama de Papadopoulos ahora suena más a hueco que nunca sonó su palabra, tan fácil siempre a la oquedad: los culpables de todo serían «los anarquistas, que han explotado la ingenuidad de algunas personas y el egoísmo de los ex políticos. Los acontecimientos han demostrado la existencia de una conspiración por parte de los enemigos de la democracia y de la normalidad». La identificación de Papadopoulos con la democracia y de su fantasmal gobierno con la normalidad aclaran cumplidamente la falsedad de la situación. La acusación a los anarquistas o a los nihilistas —como les llama en otro lugar de su discurso— es naturalmente inoperante. Otras de sus explicaciones dan como culpables a los partidarios de la restauración de la monarquía. La identificación de monárquicos con nihilistas y anarquistas es una incongruencia política más. Pero ya se sabe que la oratoria apoyada en los tanques no ofrece nunca una lógica discutible.

La anomalía introducida por la ley marcial es ahora más grave y más permanente que la provocada por los disturbios. Se han prohibido los actos deportivos, las reuniones; se ha restablecido la censura de prensa, se ha impuesto el toque de queda, se han paralizado los puertos y los aeropuertos. No obstante, el gobierno anuncia que mantiene su programa de elecciones generales (estaban preparadas para finales del año próximo) y de «democratización» del país.

Aunque su propósito fuera más moderado o, por el contrario, aunque fuese más lejano, los estudiantes y los obreros de Atenas han conseguido una gran victoria moral, al obligar al desenmascaramiento de una situación que no correspondía a la realidad. Hay, sin embargo, opiniones contrarias: las de que con su acto han cortado el paso a las sucesivas reformas políticas que proponía el gobierno. Para ellos, estas reformas no tenían valor real. Por otra parte, los acontecimientos de la semana pasada, que quizá no puedan tener continuación en la calle por ahora —el domingo por la noche, el número de detenciones pasaba de dos mil, y el lunes, las cifras oficiales del total de muertos era de nueve y tal vez quinientos heridos, pero en los medios de exiliados griegos se hablaba de doscientos muertos—, tendrán continuación política. Es probable que el gobierno de civiles tenga que ser sustituido, y es también probable que Papadopoulos sea desbordado también por sus compañeros de golpe en 1967, algunos de los cuales ya le reprocharon en agosto la amnistía y las supuestas medidas liberales, y ahora le acusan de haber dado lugar con ellas a los sucesos. En realidad, los sucesos han estallado porque las medidas liberales no eran tales.

LA MANIPULACION DE EUROPA

Pompidou atravesó la Mancha el viernes, 16, y se entrevistó con el primer ministro británico durante dos días —ocho horas, en total de reuniones, más las celebradas por los ministros de Asuntos Exteriores de los dos países—; la cuestión oficial era el túnel bajo el Canal —la firma mutua de los tratados para el comienzo de las obras—, pero esto estaba ya previamente resuelto. De lo que han tratado principalmente es de la premura de la institucionalización política de Europa y de la posición común de los dos países. Hace ya meses que los dos están muy concordes en todo: se habla de que nunca estuvo mejor la "entente cordiale" (una amistad que se estableció en 1904, y que ha tenido más bajos que altos), lo cual no deja de preocupar a los otros aliados europeos. El mismo día 14, en Estrasburgo, ante el poco operante Parlamento europeo, el Canciller de Alemania Federal, Willy Brandt, hacía un esfuerzo para conseguir la dirección y la iniciativa política. Lanzó la siempre temida fórmula de un gobierno europeo, al que ciertos derechos de soberanía de los nueve estados de la CEE fuesen transferidos. Habló de que todo debía estar hecho antes de 1980: unión económica y monetaria, gestión financiera única, revalorización del Parlamento europeo de forma que la decisión en los grandes temas le correspondiese —como corresponde, al menos en teoría, a los Parlamentos actuales de cada país participante con respecto a su gobierno—, mediante la puesta en vigor de todo lo previsto para él en el tratado de Roma. Elecciones de alcance europeo, partidos políticos, sindicatos europeos... Nada fácil. Pensemos en la poca concordia que ha habido en Londres en la reunión de jefes de gobierno europeos pertenecientes a la Internacional Socialista, pensemos en que los socialismos nacionales están divididos entre sí, y las democracias cristianas, y todos los demás partidos, y comprendemos lo difícil que es la unidad de los partidos en todo el continente. Sin embargo, es un objetivo inevitable, si no en 1980 como propone Brandt, después, o antes si las circunstancias lo apresuran todo (y ciertos golpes como el del petróleo y la alerta nuclear americana lo han acelerado ahora). Bien, los europeos votarían al mismo tiempo en sus nueve países, y en los que para entonces se les hubiesen unido, y el Parlamento se dosificaría

según esas elecciones; y un gobierno central europeo sería aceptado o no por el Parlamento, que examinaría sus proyectos de ley. Y unos sindicatos europeos sostendrían sus reivindicaciones laborales, y quizá hubiese huelgas en todos los países, lo cual parece razonable y lógico desde que las empresas son multinacionales. Únicamente parece que Pompidou y Heath, en las reuniones de Gran Bretaña, pensaban más en las empresas multinacionales que en las huelgas multinacionales. Y Brandt, también, pero de otra manera, con otra oratoria.

Este miércoles —el 21— el ministro francés de Asuntos Exteriores, Jobert, habla ante la Unión de Europa Occidental. Un organismo militarizante, una de cuyas bases fundacionales —en 1948— era la integración de Europa. Desde hace once años, Francia no ha tomado la palabra en ese organismo. Se piensa que esta vez se trata de instrumentarlo de nuevo, de darle el valor perdido. Tratará de una cuestión muy importante para Francia —iniciada por De Gaulle—, como es la de la unidad defensiva propia. Jobert, en la Asamblea Francesa, explicó que Europa había sido "humillada, despreciada en su inexistencia, víctima de un conflicto sin contar siquiera con ella, viviendo en plena amargura y confusión": este terrible párrafo se lo había inspirado la situación de Oriente árabe y la alerta nuclear. Francia tiene su bomba atómica; Gran Bretaña, la suya —en desuso, que se sepa—; la "entente cordiale" de 1973, ¿podría hacerse sobre la base atómica y sobre la economía del capitalismo multinacional? ¿Sería una Europa a imagen y semejanza de los Estados Unidos? ¿Serviría la UEO para la europeización de otros países que no pasasen por el Mercado Común o por las obligaciones políticas —partidos, sindicatos, elecciones libres— de las de la Comunidad? Son preguntas muy importantes. Hay que esperar no sólo el discurso del ministro francés, sino las reuniones de Copenhague, el 15 y el 16 de diciembre, pero ya se olfatea el riesgo. Por otra parte, la idea Europa=bloque occidental, tampoco es muy estimulante en estos días, donde otro tipo de uniones, de pactos o de coexistencias prometen ir más allá. La "entente cordiale" se pudo hacer en detrimento de otras a principio de siglo. Que no se haga con la misma intención en este último cuarto del siglo. ■ J. A.